

Solemnidad del Martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

El Cristianismo es nuestro gozo y responsabilidad.

Estimados hermanos y amigos:

La vida de los cristianos es muy diferente a la existencia de quienes no comparten nuestra fe. La creencia en la existencia de Dios le da sentido a nuestra vida, la cual gira, no en torno a un cúmulo de prescripciones religiosas, sino en torno a quien creemos que es Jesús. Es cierto que tenemos muchos mandamientos que cumplir, los cuales solo son como pequeños pasos que damos cuando los acatamos, indicando que queremos ser salvos. Nuestra salvación, más que depender de la aceptación de los mandamientos que cumplimos a cabalidad, depende de la aceptación de Dios.

Jesús es el personaje central de la Biblia, de hecho, todo el contenido de los dos Testamentos en que se dividen las Sagradas Escrituras, está orientado a mostrarnos nuestra necesidad de ser redimidos para que podamos ser salvos, y la obra que llevó a cabo Nuestro Salvador.

En el Evangelio de hoy (MT. 16, 13-19), vemos cómo Jesús les preguntó a sus amigos qué creía la gente sobre El, para, posteriormente, preguntarles qué creían ellos sobre Nuestro Salvador. Tal como les sucedió a los Apóstoles, quizás nos es más fácil decir qué piensa con respecto al Mesías la gente que conocemos, que dar a conocer lo que creemos del Hijo de María.

Para tener una idea exacta de quién es Jesús, lo mejor que podemos hacer, es leer la vida del Señor, que se contiene en los cuatro Evangelios de los Santos Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Conozcamos a Jesús por medio de las palabras que pronunció y las obras que realizó en beneficio de quienes sanó física y espiritualmente, y alimentó y ayudó económicamente. Jesús, siendo consciente de que las palabras se las lleva el viento, no solo pronunció bellos discursos, pues también hizo el bien, y oró tanto pública como privadamente durante las noches, para que el Padre y el Espíritu Santo lo fortalecieran humanamente, para llevar a cabo nuestra redención.

En la Biblia, leemos que Jesús fue engendrado por el Espíritu Santo.

"El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es" (MT. 1, 18-20).

Jesús fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, de quien se nos dice en la Biblia que es el amor y el poder de Dios. Al vivir revestido de los dones del citado Abogado -o Paráclito-, Nuestro Señor hizo prodigios, -es decir, obras portentosas

que solo pueden ser reconocidas como tales por quienes tienen fe en El-, y llevó a cabo la obra de la salvación de la humanidad.

"Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto" (LC. 4, 1).

Jesús fue lleno del Espíritu Santo cuando fue bautizado por San Juan Bautista en aguas del río Jordán. Notemos que San Lucas no nos dice que Jesús recibió parte de los dones del Espíritu Santo, sino que fue lleno del poder y amor de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Para nosotros es un gran motivo de alegría pensar que somos hijos de Dios, y que hemos sido destinados a vivir en su Reino de amor y paz, cuando concluya el tiempo en que debe ser probada nuestra fe. Esta es la razón que nos recuerda que no debemos conformarnos con una fe mediocre, ni con un conocimiento apenas imperceptible del Dios Uno y Trino, pues debemos desear que el Espíritu Santo llene nuestra existencia, con tal de sentirnos amados por el Padre, el Hijo y el Santo Espíritu, para que, cuando suframos por cualquier causa, no nos sintamos desamparados, independientemente de la gravedad de nuestras dificultades. Recordemos que Jesús no solo es un gran Hermano que dio su vida por nosotros, pues también es un ejemplo a imitar, tanto en la formación religiosa y cívica, en el ejercicio de la caridad, como en la práctica constante de la oración.

Jesús es el pan que alimenta nuestra vida espiritual.

"Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (JN. 6, 35. 51).

Jesús nos alimenta espiritualmente por medio de su Palabra salvadora, nos da ejemplo de cómo hay que hacer el bien por medio de sus obras de caridad, y nos enseña a elevar el Espíritu al cielo, por medio de sus muchas horas de ferviente oración. Celebrar la Eucaristía debe significar que tenemos un gran deseo de que Jesús llene nuestra vida, y de imitar la bondad de Nuestro Salvador, sirviéndolo en quienes necesitan dones espirituales y materiales. En el mundo no solo hay necesidad de alimentos y de formación cívica. Recordemos que hay gente que solo se ha esforzado en la vida para conseguir dinero, y que se siente desamparada.

Jesús es la luz del mundo.

"Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (JN. 8, 12).

El conocimiento que Jesús tiene, es una luz que, cuando la seguimos, nos hace vivir en la presencia de Nuestro Santo Padre. La Palabra del Señor es una lámpara que ilumina nuestros pasos, y lo hace de una manera especial, cuando afrontamos y confrontamos tribulaciones.

Pidámosle a Nuestro Santo Padre que, en este día en que recordamos el Ministerio y Martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que se sacrificaron por su dedicación a la predicación del Evangelio, nos ayude a desear, ser buenos imitadores de Jesús.

José Portillo Pérez

joseportilloperez@gmail.com